



UNIVERSIDAD  
DE PIURA

REPOSITORIO INSTITUCIONAL  
**PIRHUA**

# LA SUPERACIÓN DE LA CRISIS DE LA RAZÓN

Genara Castillo-Córdova

Piura, 22 de mayo de 2000

FACULTAD DE HUMANIDADES

Departamento de Humanidades, Área de Filosofía

Castillo, G. (2000). La superación de la crisis de la razón. En L. González (Ed.), *El paso del fenómeno al fundamento: primer coloquio de filosofía*, (pp. 49-63). Piura: UDEP.



Esta obra está bajo una [licencia](#)  
[Creative Commons Atribución-](#)  
[NoComercial-SinDerivadas 2.5 Perú](#)

Repositorio institucional PIRHUA – Universidad de Piura

## LA SUPERACIÓN DE LA CRISIS DE LA RAZÓN

GENARA CASTILLO

**En *El paso del fenómeno al fundamento***  
Primer coloquio de Filosofía  
Cuadernos de Humanidades, 2000. Pp. 49-63

Una visión esperanzadora de la crisis de la razón conlleva la convicción de que no todas las crisis son nefastas, sino que pueden ser magníficas oportunidades para crecer. Justamente, la crisis se advierte como una deficiencia –carencia– de los recursos necesarios para afrontar situaciones nuevas. Por tanto, si aquellos se incrementan es posible salir de la situación crítica. La superación de cualquier crisis sólo es posible en la medida en que se produzca el crecimiento necesario para hacer frente a las nuevas situaciones.

Sin embargo, para salir de la crisis que presenta la razón humana, es necesario señalar cuáles son las deficiencias o debilidades que presenta para así avizorar de qué manera se puede salir de la crisis y hacer propuestas acerca de su crecimiento. Empezaremos por mostrar la principal causa de la crisis de la razón: su desvitalización, e indicar brevemente las consecuencias de esa crisis para luego plantear las posibles vías de superación. También debo advertir que aunque me corresponde un tratamiento filosófico de este asunto, intentaré hacer esta exposición accesible a quienes no se dedican a la filosofía.

### I. La desvitalización del conocimiento

#### 1. La reducción del intelecto a especulación

Según la filosofía aristotélica, el conocimiento es *enérgeia*, un acto vital; inclusive lo supremo es la actividad contemplativa del *nous*. Según dice Aristóteles “sea pues el entendimiento (ησους) o sea alguna otra cosa lo que lo que por naturaleza parece mandar y dirigir y poseer la intelección de las cosas bellas y divinas, siendo divino ello mismo o lo más divino que hay en nosotros, su *enérgeia* según la virtud que le es propia será felicidad perfecta (τελεια ευδαιμονια) que es contemplativa (θεωρητικη) ya lo hemos dicho. Esto parece estar de acuerdo con lo que antes dijimos y con la verdad. En efecto,



esta *enérgia* es la más excelente (pues también lo es el entendimiento –*nous*– entre todo lo que hay en nosotros)”<sup>1</sup>.

Sin embargo, posteriormente, el acto de conocer ha sido considerado como mera pasividad, siendo suplantado por la especulación. Históricamente este acontecimiento tuvo lugar a fines de la Edad Media y constituyó el punto de partida de la Filosofía moderna.

Hasta entonces, la filosofía clásica había considerado el acto de conocer como eminentemente activo. Según Aristóteles, lo *activo* es la inteligencia y lo *pasivo* es la voluntad. Dentro de este planteamiento es significativa la visión deficitaria de la voluntad ya que es considerada simplemente como *órexis*, como apetito.

La rectificación de ese planteamiento de la voluntad se dará con el advenimiento del cristianismo, con lo cual la filosofía llegó a una comprensión más alta de la voluntad, al considerarla capaz de un acto suyo superior al apetito. Este acto supremo de la voluntad es el amor. Dios mismo es Amor.

Esta corrección del planteamiento clásico de la voluntad dio lugar a una falsa interpretación de lo que hasta entonces se consideraba como actividad intelectual. Se cayó en el error de pensar que para rehabilitar a la voluntad había que machacar al intelecto humano. En esta línea se abre paso el voluntarismo que aún obedeciendo a una buena intención deja en situación precaria a la inteligencia. Así por ejemplo, según Duns Escoto, lo activo es la voluntad, y lo pasivo es la inteligencia.

Lo grave de la devaluación de la inteligencia es que si ésta es meramente pasiva y deja de ser activa, no se puede conocer radicalmente, a Dios desde luego que no, pero tampoco a los demás ni al universo. Si la inteligencia es meramente pasiva y se dedica a reflejar la realidad, entonces estamos en la simple especulación.

Desde entonces el conocer es especulación, no es acto como decía Aristóteles. No podemos exponer en esta breve intervención toda la doctrina del acto de Aristóteles<sup>2</sup>. En lo que corresponde al tema que estamos tratando podemos recordar que, según Aristóteles, el conocer es praxis *teleia*: un acto que en su propia operación consigue su fin.

Como hemos señalado al comienzo, el conocer es activo, es vital (intelecto viene de *intus legere*: leer dentro). Conocer es conocer por dentro. Desde este planteamiento del conocer como acto vital y desde la concepción del intelecto como acto es posible alcanzar los principios de la realidad.

---

<sup>1</sup> Aristóteles, *EN 1177<sup>a</sup> 14-20*

<sup>2</sup> Un estudio completo sobre la noción de acto según Aristóteles se puede encontrar en el libro de Ricardo Yépes, *La doctrina del acto es Aristóteles*, Eunsa, Pamplona, 1993

En cambio la especulación (que viene de *speculum*) consiste en reflejar la realidad, como lo hace un espejo. Pero precisamente lo que se puede reflejar es lo de *fuera*, lo de *dentro* no se puede reflejar. “El dentro se hace inasequible, huye de la extirpación, y queda sólo la exterioridad, la superficie, como término brillante –niquelado– es la desolación de la ostentación pura”<sup>3</sup>.

La especulación no penetra en la realidad, sólo la refleja, la representa. El conocimiento objetivo es un conocimiento aspectual. Se conocen datos aspectuales, pero, como luego advierte Husserl, la realidad *qua* realidad no se conoce, queda fuera, se pone entre paréntesis. En el conocimiento especulativo es posible ejercer muchas operaciones, los datos aspectuales pueden ponerse en relación, combinarse; se puede “operar” lógicamente con ellos, etc.

Sin embargo, con la especulación no se alcanza a conocer lo más profundo de la realidad. La vitalidad del conocimiento tiene que ser de tal energía que penetre la realidad hasta el punto de hacerse con sus principios más radicales. En la representación especulativa es posible una cierta “actividad”, pero no es vital, se puede hacer una combinatoria pero ésta puede seguir un proceso mecánico al estilo de las máquinas computadoras.

El acto de conocer no puede reducirse o suplantarse con la especulación sin originar graves consecuencias. Con la especulación se da lugar a una interpretación pesimista del pensar, como si éste fuera ajeno a la vida. A partir de este momento nos hemos ido quedando con un pensamiento que es asténico, que está como disecado, inerte, sin vida. Con el conocimiento especulativo no alcanzamos a conocer profundamente la realidad.

Históricamente esta primera gran desvitalización del pensar no se hizo impunemente. Se puede afirmar que el estatuto especulativo del saber no lleva consigo falsedad, porque el espejo está bien hecho. Sin embargo siempre cabe la sospecha de que no sea así. ¿Quién le asegura a uno, si cuenta sólo con el espejo, que éste es plano?

Por otra parte, es imposible que todo sea conocido como un reflejo, a menos que todo sea superficie y nada más. Si se considera que el conocimiento es simplemente el reflejo de la realidad, nos quedamos meramente en el reino de las apariencias, lo cual da lugar, por un lado, a un nivel intelectual muy limitado, que pronto se reduce a retórica no exenta de intereses y manipulación; y por otro, da lugar a posturas empiristas como las del empirismo inglés que se conformó con esa restricción de la realidad a sólo lo que aparece en la superficie.

---

<sup>3</sup> POLO, Leonardo, *Presente y futuro del hombre*, Rialp, Madrid, 1993, p. 54



A partir de esta devaluación de la inteligencia se ha extendido la sospecha de que las formalidades, adquiridas por la vía especulativa, no son verdaderas. El problema es que un espejo es una pantalla, pero no es una energía, no asimila, no es una consideración interna, en definitiva no es un acto.

Al respecto, un importante filósofo actual afirma: “Es imparable la sospecha acerca del valor cognoscitivo de nuestro pensamiento en cuanto precisamente objetivo, que es otra manera de decir que es especulativo. Si nuestro pensamiento es representativo - y nada más- la pregunta acerca de si se parece de «verdad» o no se parece a la realidad factual –no es posible– es puro vértigo”<sup>4</sup>.

## 2. La deriva al ateísmo y al pragmatismo

En esta situación de inanidad, la razón humana no tarda en “emanciparse” y junto con una voluntad que ignora la verdad profunda de la realidad, se deriva a una nueva actividad técnico-práctica, tomando una vertiente pragmática. Desde ese planteamiento, el conocimiento sólo se limitará a saber cada vez cómo hay que hacer esto o aquello. Trataremos de explicarlo brevemente.

Es comprensible, esta deriva exclusivamente pragmática del conocimiento así desvitalizado. Se entiende, por ello, la ruptura del espejo que realiza Ockham; ya que si es verdad que la inteligencia es pasiva y la voluntad es lo único activo, lo que queda es actuar de acuerdo a un voluntarismo ciego, sin intelección previa, la voluntad se hace entonces arbitrariedad.

En el ámbito filosófico hay que tener mucho cuidado con los planteamientos, porque debido a su mismo carácter, un error pequeño al comienzo se va haciendo cada vez mayor<sup>5</sup>, ya que sus consecuencias van extendiéndose y progresivamente van impregnando las sucesivas conclusiones.

El nominalismo de Ockham se explica desde esa consideración de la voluntad como arbitrariedad, si la voluntad no está regulada por la inteligencia, entonces se desboca caóticamente y se despliega totalitariamente, se anula ella misma.

En esa situación, una vez desvitalizada la inteligencia y por tanto la voluntad, sólo queda vivir de la afectividad, la cual se encuentra desasistida, sin control. Dentro de este régimen de la afectividad no es extraño que pueda aparecer el sentimiento del temor ante lo incontrolable.

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 55

<sup>5</sup> Cfr. Tomás de Aquino, *Sobre el ser y la esencia*, Proemio.

“Hobbes entendió muy bien la significación antropológica del nominalismo. Su famosa tesis: *homo hominis lupus* es simple glosa del voluntarismo de Ockham en el nivel humano. Hobbes sigue siendo actual; hoy día muchos hombres viven aterrados ante lo incontrolable, que es lo más vulnerable. Hobbes se sintió siempre sobrecogido por el terror en su alma, asustado ante todo y siempre. Pero lógicamente quien percibe en el hombre una voluntad agresiva sin freno, entonces si él no es el lobo mayor de todos –Hobbes no lo era– sólo puede temer”<sup>6</sup>.

En el fondo de esta postura está el desaliento ante la duda y la posibilidad de no alcanzar el conocer verdaderamente; si la inteligencia sólo refleja la realidad, sus representaciones no escapan a la sospecha de si coinciden o no con ella, o se tiene que esperar a una posterior fase veritativa recurriendo a una constatación empírica.

Si nos quedamos sólo con representaciones de la realidad, no sabremos si conocemos *realmente* al universo ni a las demás personas. Tampoco podremos conocer a Dios. Si no tengo “camino” en mi mente hacia Dios, entonces el ateísmo es una posibilidad inmediata, la consecuencia de ese pesimismo originado por la desvitalización del conocimiento.

A través de lo que hemos visto sucintamente, podemos darnos cuenta de que ese pesimismo radical del s. XIV incluye una decisión acerca de la enorme herencia que legó la filosofía clásica. Los clásicos no desistieron en sus intentos de medirse incluso con la Realidad Suprema. Ellos, que no eran ingenuos, no dejaron de considerar los límites que tenían las propias capacidades humanas, pero no se desanimaron, no renunciaron.

Así, Aristóteles siempre sostuvo que la teoría es la vida más alta, e incluso, desde varios siglos antes del advenimiento del cristianismo, llegó a considerar que dios mismo era teoría, el ejercicio constante de la actividad de pensar. En la *Metafísica*<sup>7</sup> sostiene Aristóteles, que esa actividad, la teoría o contemplación, que los seres humanos sólo realizamos intermitentemente, si hay alguien que la realiza permanentemente, ése es Dios. Como es sabido, el dios de Aristóteles es el *conocimiento que se conoce a sí mismo*, y la inteligencia humana es lo que de divino tiene el hombre.

Sin embargo, a partir del s. XIV, el conocer pierde vitalidad y la posibilidad de acceder a la Realidad Suprema queda truncada. Al comienzo la no consideración de Dios se hace por motivos no irreverentes, simplemente se renuncia a la Realidad Suprema por considerarla inasequible, de modo que aún sin negar la existencia de

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p 57

<sup>7</sup> Cfr. ARISTÓTELES, *Metafísica*, libros VII, IX



aquella Realidad no se ve que haya en el ser humano una manera, un medio, o camino, para llegar a lo Supremo porque en esa precaria situación de la inteligencia no se ve cómo se pueda llegar a amar a Dios con toda la mente, entonces se desiste de su consideración.

“Por eso la Edad Moderna se inaugura con una drástica contracción del horizonte (o con una indeterminación del mismo). En el inicio de la Edad Moderna hay una mentira: la falsa postulación de la incapacidad humana de Dios: la mentira de declarar ilusorio lo más verdadero del hombre”<sup>8</sup>.

Lo que ocurre es que si no hay actos intelectuales para que el hombre pueda ver, entender, que su ser es radicalmente dependiente de Dios, entonces el despliegue del ateísmo (primero práctico y luego “justificado” teóricamente) es la consecuencia inmediata.

Lo único que queda sería abocarse a la actividad práctica, *buscarse* en ella, constatar con mano el éxito. A partir de entonces se erige el *principio del resultado*, del éxito, en el máximo (si no el único –es el modo práctico de proseguir con el afán de la certeza–) principio motor de la vida humana en cada uno de sus diferentes ámbitos.

En efecto, no pasó mucho tiempo para que el ideal emancipatorio se postulara formalmente e invadiera los diferentes ámbitos de la vida humana. Así tenemos que la emancipación de la razón se ha ido extendiendo a los diferentes ámbitos de la vida práctica, la ética, la política, el derecho, la economía, las cuales quedan intrínsecamente desasistidas y profundamente desvitalizadas.

Impera entonces la primacía de la eficiencia desnuda. El hombre mismo es considerado como un dinamismo sin ninguna configuración previa, lo que él haga lo constituirá radicalmente, aunque esto sólo se logrará al final. El hombre es el resultado de su acción, su tarea será la de “realizarse”, pero sin ninguna naturaleza que seguir o respetar, sólo queda actuar arbitrariamente.

Sin embargo, si la voluntad se hace irracional y si se curva sobre sí misma, y no se puede ver el acto de ser personal que uno es y que son los demás, si la voluntad y la libertad se abren a la nada, si avanza el nihilismo; entonces sólo queda la soledad, incluso la peor de las soledades, la soledad en compañía. En esta situación no es posible vivir auténtica o plenamente ni la vida familiar, ni la vida social, ni la amistad, no la generosidad en el aporte del trabajo personal.

Es importante tener en cuenta la revitalización de la inteligencia y en general de la naturaleza humana. Precisamente, una de las grandes diferencias entre la Filosofía

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 96

Clásica y la Filosofía Moderna es que según la Filosofía Clásica el hombre es optimable a partir de su naturaleza humana. El hombre tiene quiebras, lo cual es innegable, basta constatarlas; pero también puede optimizar su naturaleza humana mediante el recto ejercicio de sus facultades superiores. Según el planteamiento clásico el imperativo es precisamente el crecer, el perfeccionarse, a pesar de los pesares; la tarea es llegar a ser el hombre que se es, y por lo menos se intenta, de entrada no se desiste.

Según la tradición clásica “el hombre es optimable porque su energía está ya formalizada, y por lo tanto, lo ulterior es una hiper forma del principio, una forma más alta: un *hábito*. Es ésta una diferencia precisa y de enorme alcance (se refiere a lo que se puede esperar) entre la concepción aristotélico-tomista y la concepción moderna del hombre”<sup>9</sup>.

La jubilación del intelecto humano es nefasta para el ser humano. La vida práctica sólo es asistida desde la vida teórica, pero si ésta se ha agotado la precariedad en la queda el ser humano es inevitable. Cancelada la actividad intelectual, desbocada la voluntad, sólo queda aplicar el poder de ésta al dominio sin contemplaciones de las criaturas. Dominarlas consistirá sólo en transformarlas a toda costa, con lo cual el ser humano se aplica a la técnica como ataque ontológico. Las bases de la secularización están ya puestas:

“Las grandes bazas del pensamiento ya se han dado, y cuando la partida está vencida empeñarse en seguir la misma línea de juego no añade apenas nada. La gran partida del pensamiento se jugó en los siglos XIII y XIV”<sup>10</sup>. Se puede seguir viendo el despliegue del proyecto moderno a través de sus grandes representantes, especialmente Kant y Hegel; si bien no podemos explayarnos ahora, sí podemos reconocer los intentos de estos grandes filósofos y los de quienes continuaron el gran proyecto moderno. Con todo, a pesar de sus esfuerzos, no lograrán remontar la crisis de la razón. Es muy difícil salir de los planteamientos especulativos partiendo de ellos mismos.

### 3. La dispersión del saber y la complejidad presente

Por otra parte, si la inteligencia humana está desvitalizada es imposible la integración del saber y cunde la dispersión. Actualmente falta una inspiración unitaria lo suficientemente potente para integrar los diversos ámbitos del saber humano. Hoy es posible detectar una acentuada desintegración del saber.

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 99

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 59



Esta falta de integración se puede comprobar en las ciencias y de modo especial en las ciencias humanas. No hay que ir muy lejos para darnos cuenta que es frecuente la excesiva especialización que lleva a usar la razón humana de un modo parcial. Si se quiere abordar el conocimiento de toda la realidad con un solo modo de pensar, es inevitable caer en los reduccionismos, en los planteamientos de los “nada más que...”.

Aún cuando actualmente se dé un claro anhelo de integración epistemológica e interdisciplinaria, hasta el momento no se ha logrado plasmarlos. Más allá de los ámbitos científicos, las personas de la calle experimentan las consecuencias de la falta de unidad del saber en la creciente complejidad de los asuntos actuales.

Dicha complejidad se está intentando afrontar mediante la unidad que proporciona la tecno estructura que intenta lograr la organización de los resultados. Sin embargo, los problemas actuales son tan intrincados que la razón humana no puede resolverlos mediante los procedimientos de la tecno estructura, porque esa unidad no es vital, no es intrínseca, sino que se intenta hacer con la composición o unión de los diferentes resultados con un criterio práctico.

También tenemos que tener en cuenta que si la unidad es simplemente la combinatoria de los distintos elementos tampoco se consigue la unidad del saber, porque los elementos combinados están unidos formalmente pero no intrínsecamente, de manera que las construcciones teóricas se reducen sólo a relacionar unos elementos con otros.

Es preciso contar con un panorama suficientemente integrador para articular en él visiones más comprensivas y proyectos viables, que hasta el momento no se han realizado. Este déficit ha hecho más profundo el desánimo, hasta el punto de paralizar e inmovilizar las energías humanas, ya que se llega a temer el solo hecho de tratar de solucionar un asunto, porque como la complejidad es tan grande, lo que suele suceder es que con soluciones parciales, en lugar de solucionar el problema éste se agrava ya que da lugar a los llamados “efectos perversos” que ahondan aún más los problemas.

Por tanto, se requiere aumentar la capacidad para entender totalidades con sentido, sin lo cual la complejidad se nos aparece como inabarcable y entonces quedamos expuestos a sumergirnos en la perplejidad y en el pesimismo, nos quedamos en planteamientos muy cortos y por tanto fácilmente recusables y así la problematicidad se hace mayor.

## II. La salida de la crisis de la razón

### 1. Redescubrir el conocer como acto

Desde la filosofía y de acuerdo a lo que hemos expuesto, se puede ver que es necesario sacar inspiración de los pensadores clásicos no para reducirnos a ser meramente repetidores sino para que a partir de sus planteamientos, a menudo olvidados, podamos proseguir teniendo en cuenta también los planteamientos modernos. En esta línea se encuentra la propuesta de rectificación y de ampliación de los trascendentales que ha desarrollado el Prof. Leonardo Polo, tanto en la *Metafísica* como en la *Antropología*.

No podemos exponer ahora la *Metafísica* ni la *Antropología Trascendental* del Profesor Polo, que son muy amplias y profundas, tampoco los actos intelectuales que hacen accesible ese nivel trascendental, que están en el nivel habitual, pero sí queremos invitar a su estudio<sup>11</sup>.

No debemos quedarnos simplemente en presentar los planteamientos clásicos, porque desde entonces hasta la actualidad se ha recorrido mucho camino; de modo que no se puede pasar por alto a la filosofía moderna porque ha dado sus aportes y sigue teniendo influencia. Con todo, es necesario ir más allá de sus planteamientos y proponer otros que sean más potentes, más integradores, más profundos y más audaces.

Precisamente, ésta es la invitación que S. S. Juan Pablo II nos hace en la Encíclica *Fides et ratio*. En definitiva, se trata de una tarea de revitalización de la inteligencia a partir de la consideración del pensamiento como un acto vital. De esta revalorización se seguirán muchas consecuencias y prometedoras esperanzas para el futuro de la Filosofía y de la Humanidad en general. Entonces se puede encontrar “camino” desde la Filosofía, para acceder a los altos niveles de la Teología.

### 2. La integración del saber

Si se ha dado lugar a la dispersión, es necesaria una propuesta de unidad que sea tal que logre aunar las energías humanas. Sin embargo, es difícil lograr la integración de los saberes porque esa tarea está mediada por las especializaciones de cada ámbito

---

<sup>11</sup> La obra filosófica del profesor Leonardo Polo es muy amplia y fecunda. En lo que se refiere a los temas señalados, podemos citar la última obra que ha publicado *Antropología Trascendental*, Eunsa, Pamplona, 1999, tomo I y *El conocimiento habitual de los Primeros Principios*, Cuadernos de Anuario Filosófico, SEUNSA, Pamplona, 1993.



científico y requiere por tanto de planteamientos potentes que se hagan cargo de ellas y así poder lograr la integración.

Los retos de la epistemología actual exigen una *Teoría del conocimiento* capaz de dar cuenta de cada uno de los actos y niveles cognoscitivos y de su jerarquía. Es muy importante respetar esta jerarquía ya que con unos actos de conocimiento la realidad se entrega más y con otros menos. Desde aquí se puede plantear el estatuto propio de cada ciencia y se pueden avizorar otros ámbitos del saber, evitando reduccionismos, relativismos, escepticismos, etc.

Es necesario contar con estos planteamientos integradores y radicales en todos los ámbitos del saber teórico y práctico, ya que “si los tiempos son duros, ásperos y aporéticos, ello se debe a que el mundo humano se ha hecho complejo y no hay paralelamente la inspiración para gestionar la situación. Hay un desfase entre la situación y el modo como se actúa en ella. En la falta de adecuación entre la manera de afrontar los asuntos y éstos mismos estriba la verdadera penuria de nuestro tiempo”<sup>12</sup>.

Es preciso que el hombre de hoy se atreva a pensar con rigor, integralmente, no con planteamientos parciales ni sólo con datos aspectuales. Como decíamos, la razón no tiene un solo modo de discurrir, se precisa conocer e integrar los diferentes métodos en visiones integradoras que vayan más allá de los simples sincretismos y que den lugar a planteamientos potentes en los que no se excluya la finalidad, verdad última y radical sobre el universo y sobre el sentido trascendental de la propia vida humana.

Esta tarea incumbe de modo especial a los filósofos. La Filosofía es el saber más integrador en el plano humano. Pero hace falta que, como lo pide el Santo Padre en su última encíclica, los filósofos “re descubramos” nuestra vocación, que nos dediquemos con todas las fuerzas que tengamos a pensar en serio, a dejar de lado la búsqueda de los resultados aparentes y del éxito inmediato.

Para hacer el intento de integrar el saber actual, una de las exigencias que tiene el filósofo es la de no ser un filósofo vergonzante, es decir el no admitir un reparto de campos: los científicos con su ciencia y el filósofo sólo con el ente en cuanto ente. Hoy más que nunca se precisa que el filósofo salga al encuentro de la actividad científica que se está dando en los diversos campos. Si es verdad que al filósofo le interesa toda la realidad, no puede “atrincherarse” y quedarse sólo en el ente en cuanto tal.

Actualmente es preciso que el filósofo se acerque al ámbito científico, a la biología, a la física-matemática, a las ciencias humanas, sociales, etc., que están en discutiendo por su cuenta y riesgo y a las cuales el diálogo con el filósofo les ayudaría a abrir su

---

<sup>12</sup> POLO, Leonardo, *Sobre la existencia cristiana*, Eunsa, Pamplona, 1996, p. 152

perspectiva; por lo demás, el filósofo se enriquecería con el aporte de las ciencias particulares, que se ocupan de los fenómenos con rigor.

Este proyecto requiere básicamente de un gran amor a la verdad. “Filósofo es el que busca la verdad, el que ama la verdad; el que sabe, pero puede saber más. No es filósofo el que no saca impulso de lo incommovible y reparte papeles renunciando a participar en el tenso esfuerzo del científico. Tampoco lo es el que se regocija ante los fracasos de la ciencia. La ciencia no tiene hoy tanta confianza en sí misma como hace cien años, pero eso ha de ser también objeto de la meditación del filósofo, y no el motivo de regocijo de quien encuentra una barca para salvarse si otros se hunden; no porque el científico también trata de la realidad”<sup>13</sup>.

He querido concluir esta breve intervención con las citas de un gran filósofo como es el profesor Leonardo Polo, profesor visitante de esta universidad, a quien he intentado seguir en esta exposición. Desearía con esto ofrecer un pequeño homenaje a su fecunda tarea filosófica, a su generoso magisterio y a su ejemplo indiscutible de toda una vida dedicada al servicio de la Verdad.

Precisamente, refiriéndose a la filosofía afirma lo siguiente: “La filosofía es el amor a la verdad, la búsqueda de la verdad. La filosofía se ocupa de la verdad de modo global, sin restricciones. Lleva consigo una actitud sin la cual no aparecería o estaría condicionad por otros intereses; el amor a la verdad tiene que ser sincero, auténtico”<sup>14</sup>. El fruto inmediato de la posesión de la verdad es un crecimiento en la libertad. En definitiva, sólo la Verdad nos hará libres.

**Genara Castillo**

**Universidad de Piura**

**Genara.castillo@udep.pe**

---

<sup>13</sup> POLO, Leonardo, *Introducción a la Filosofía*, Eunsa, Pamplona, 1995, p. 19

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 21

